



Eje II: “Inventamos o erramos” Epistemologías desde la periferia

Mesa 9: Proyectos políticos, currículum y proyectos educativos

Título de la ponencia: **¿Qué escuela necesita nuestra américa / Abya Yala en el Siglo XXI?**

Autor: **Juan Maya**

Introducción

El debate sobre el fin de la llamada modernidad y la crisis de valores cobra mayor relevancia a más de dos décadas de comenzado el siglo XXI. El tema central es la discusión sobre el mundo de las ideas que constituyen los fundamentos que legitiman esta sociedad. Un mundo que se está definiendo en Ucrania con un enfrentamiento entre la Rusia de Vladimir Putin y EE.UU, la OTAN y sus aliados europeos. Ese conflicto y al mismo tiempo una República Popular China en pleno avance económico y militar desafían el status quo establecido desde la caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión soviética. De allí surgirá para el resto del siglo un nuevo orden que, estemos de acuerdo o no con el, deberemos considerar como un desafío para nuestra propio desarrollo material, social y cultural en Abya Yala / Nuestra América.

En ese contexto mundial, la institución escuela, herencia de las revoluciones europeas y como dispositivo “base” de la construcción de esa modernidad, también está en crisis, se discute cuál es su “función” y “legitimidad” tradicional.

Las nociones de cambio social y progreso humano han variado conceptualmente. La razón, como verdadera fuente del progreso humano propuesta por los iluministas en el siglo XVIII está en duda incluso como único medio válido para comprender la realidad.

Theodor Adorno plantea en la “Educación después de Auschwitz” un texto base para comenzar a entender lo que se discute y un signo de los tiempos. Desde la perspectiva de Adorno para que Auschwitz no se repita es necesario proponer cambios en la educación.

No es el fin de la historia como decía el politólogo norteamericano de origen japonés Francis Fukuyama, en todo caso, el comienzo de otra, incluso algunos sostienen que no estamos en una época de cambio sino más bien en un cambio de época que ya lleva al menos una década. Según esa percepción se podría afirmar desde el pensamiento del

filósofo Carlos Cullen que: “Vivimos una etapa de transformaciones en la educación. No podría ser de otra forma si se atiende a los profundos cambios en la vida social. El problema son las direcciones, los sentidos, las decisiones que se toman, las tareas que se proponen, los obstáculos que se encuentran. Se plantean nuevas y viejas razones para educar” ().

Origen histórico de la escuela moderna

En el siglo XVII, Juan Amos Comenio, considerado el padre de la pedagogía, sentó las bases de la educación moderna en su *Didáctica Magna*. Proclamaba que todos los hombres tienen una aptitud innata hacia el conocimiento y no lo limita solo a una élite o iluminados. Con este concepto piensa una educación popular a la que todos deberían acceder. Fue el primero que planteó una educación primaria obligatoria. Un siglo después, Kant dirá: “el hombre es la única criatura que ha de ser educada. Entendiendo por educación los cuidados (sustento y manutención), la disciplina y la instrucción, juntamente con la educación”. “La disciplina convierte la animalidad en humanidad” ().

Por otra parte, el surgimiento de los estados nacionales, especialmente después de la Revolución Francesa y el desarrollo del capitalismo a partir de la revolución industrial en Gran Bretaña, cambió profundamente las estructuras sociales y políticas no solo de Europa sino de todo el mundo dominado entonces por las grandes potencias, particularmente por Inglaterra. En ese contexto, la escuela como institución se va transformando a la luz de los cambios sociales y políticos.

El XIX y principios del XX son fundamentales en la consolidación de la escuela como “el ámbito de educación oficial y hegemónico” en la sociedad, tanto de Europa como de las Américas, cuya finalidad ha de ser consolidar desde la educación a los estados nacientes.

La crisis de la escuela y el debate del pensamiento:

Estamos transitando ya el comienzo de la tercera década del nuevo milenio y en general los intelectuales y pensadores de nuestro tiempo que buscan comprender las señales de la realidad, cuando se refieren a este nuevo siglo suelen hablar de la actualidad como una posmodernidad, lo cual implica la existencia hasta no hace mucho tiempo –aunque no hay una fecha precisa- de una modernidad.

Según muchas tesis historiográficas la condición moderna se inicia con el llamado Renacimiento en el siglo XV y XVI. En estos siglos surgen en Europa ideologías de libertad y de individualidad creadora. El saber crítico corona el siglo XVIII –el siglo del

Iluminismo- período donde comienzan definitivamente las estructuras capitalistas que predominarán durante los siguientes doscientos años. El “Sapere Aude” que postula Immanuel Kant se hace carne. “¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!: he aquí el lema de la Ilustración” (). Esta razón más que en cualquier otra institución fue interpretada y desarrollada por la escuela moderna.

Hoy más que nunca esta cultura capitalista, desde el final del siglo XX con características financieras globalizadas y efectos negativos directos sobre la vida de la humanidad y el medioambiente en general. Esa racionalidad se encuentra a flor de piel y forma parte del sentido común de los hombres y mujeres.

Simultáneamente la sociedad experimenta una crisis de valores, ante la cual algunos pensadores sostienen que la vida actual muestra una fragmentación del hombre moderno manejado por lógicas “tecnourbano-masivoconsumista”(). Desde esta perspectiva, la condición posmoderna estaría expresada por el desencantamiento de esa existencia dominada por la tecnología y el consumo.

Al mismo tiempo en el marco de esta crisis, la sociedad actual, según el filósofo Charles Taylor, expresa tres tipos de malestar frente al sistema que nos propone el capitalismo moderno. Para Taylor, “La primera fuente de malestar la constituye el individualismo”. Justamente uno de los mayores logros del sistema capitalista hoy es cuestionado en tanto lo individual no esté dentro de un marco comunitario elemental que proteja a la sociedad en su conjunto.

Una segunda forma de malestar para Taylor la constituye el “desencantamiento de la razón instrumental” y su propuesta de “costo beneficio” y máxima “eficiencia” como la base del éxito. Y finalmente la tercera forma de malestar estaría relacionada con la política, en tanto es un instrumento del “individualismo” y de la “razón instrumental”, que actúa en función de intereses corporativos o sectoriales en desmedro del conjunto de la sociedad generando rupturas y crisis de distinto orden en diferentes planos de la vida, sea social, económico, cultural y/o ecológico, etc.().

La escuela al servicio de la ideología y generadora de diferencias

Es obvio, pero por las dudas hay que señalar que no es lo mismo hablar de modernidad desde los países llamados “centrales” que desde la Argentina. La concepción moderna, aquí tiene otros significados: irracionalidad exasperante entre discurso y realidad. Irrupciones industrialistas conviviendo con pobreza y marginalidad. Apariencias de



desarrollo en contextos infrahumanos. Argentina vivió el siglo pasado y el inicio del presente inmerso en una realidad de mutaciones, agotamientos y reformulaciones.

El 2001 nos llevó al subsuelo del drama social que aún padecemos y los gobiernos de turno se empeñan en no dejarnos salir de allí. La vida de este siglo XXI es contradictoria: por un lado el desarrollo industrial y científico desató una variedad de fuerzas que ninguna época de la historia humana sospechó, con los beneficios que la tecnología y el progreso en general supone para el hombre. Por otro lado, hay síntomas de decadencia y corrupción que rebasan en mucho las orgías del Imperio Romano.

El desorden en todas las relaciones sociales y la incertidumbre distinguió el final del siglo XX y estas primeras dos décadas de la nueva centuria. Entre nosotros, el siglo 21 está a pleno, sin embargo en algunas ocasiones parece que hemos perdido el hábito de mirar hacia adelante. Somos propensos a las obsesiones retrospectivas, más que a los ejercicios de anticipación. A menudo desandamos y nos hundimos en las cloacas del siglo 20.

Filósofos y pensadores de diversas disciplinas veían en la educación la posibilidad de superar las diferencias, los enfrentamientos y las guerras. Nada de eso ocurrió. El siglo 20 comenzó pletórico de conflictos regionales y mundiales que provocaron millones de muertos. La primera guerra mundial entre 1914 y 1918 fue un claro ejemplo. Por otra parte, La revolución bolchevique en Rusia y el ascenso de Hitler en Alemania trajo para occidente una ola de destrucción y odio masivo. “El florecimiento del Tercer Reich descansaba en buena medida en el rearme de cara a la guerra que trajo la catástrofe” (). El surgimiento del nacionalismo exacerbado –hoy de regreso en Europa- inculcado incluso desde el ámbito educativo generó mentalidades “paranoicas” y discriminadoras respecto a lo diferente. De esta manera la escuela se constituyó en un instrumento del adoctrinamiento político y racial de los pueblos.

En este sentido, nazis y comunistas se igualan en el análisis tras la caída del muro de Berlín. En efecto, el revisionismo histórico propone que ambos sistemas fueron lo mismo con argumentos diferentes. El primero asesinó personas basado en el odio racial, el segundo, Stalin y Mao, provocaron tantas muertes o incluso más que los nazis con sus purgas basadas en el odio de clase. Adorno planteó en “Educación para la emancipación”, para no repetir el holocausto provocado por los nazis, “una educación después de Auschwitz”. Habría que decir que será necesario pensar una educación nueva después de la caída del muro de Berlín y la desintegración del comunismo para no repetir los odios de clases.

La escuela en Argentina



En las Provincias Unidas del Río de la Plata, antecedente previo de nuestro país, la educación cobra un valor singular. Tratando de sacarse la herencia colonial, y sobre todo a partir de Juan Bautista Alberdi y la impronta de Domingo F. Sarmiento en el siglo XIX, Argentina busca, mediante la educación, “insertarse” en el mundo moderno. “Civilización o Barbarie” es la consigna del momento. Demás está decir que se constituye, en paralelo con lo que sucede en el mundo como “la” herramienta clave para crear conciencia nacional.

La escuela argentina, en sintonía, con lo que provenía de Europa, es enciclopedista y positivista en consonancia con las ideologías imperantes de la época. Tras la independencia surgen al menos dos modelos pedagógicos. El porteño impulsado por la política de Bernardino Rivadavia respondía a la ideología liberal que apuntaba esencialmente a Europa y a educar a las elites, y el de algunas provincias –como Entre Ríos- lideradas por los caudillos políticos de entonces, el modelo, aunque también liberal pretendía sin embargo educar al pueblo. “El sujeto pedagógico imaginado por Rivadavia se caracterizaba por el aislamiento respecto al resto de los connacionales...” Por su parte, “del imaginario pedagógico de los caudillos progresistas surge un federalismo pedagógico democrático que se engancha con las propuestas de Simón Rodríguez” ().

Alberdi será un férreo crítico del pensamiento de Rivadavia en materia educativa. El inspirador de la Constitución de 1853 propone una educación cuya aplicación sea fundamentalmente industrialista y criticó al catolicismo académico. Alberdi consideró que la educación esencialmente debía estar subordinada a la economía y a los cambios demográficos culturales. Fue quizás el primero que propuso una política de traer inmigrantes para generar esos cambios culturales y de valores que permitieran al naciente país ingresar a la modernidad de inspiración inglesa y francesa.

Por su parte, Sarmiento en su libro “Educación Popular” se lamentaba que persistiera cierta cultura indígena mezclada con la española a la que le atribuía el atraso de nuestro continente. Al igual que Alberdi, Sarmiento proponía un cambio de valores en nuestra cultura a partir de la incorporación de inmigrantes pero su modelo no era el europeo sino el norteamericano. Tras visitar el país del norte, Sarmiento creyó que era posible vincular educación y progreso. En ese contexto, el “padre” de la educación nacional promovió el sistema educativo más democrático para su época. En ese modelo, la escuela funcionaba como una institución “controladora” de la sociedad. Era el instrumento a través del cual se imponía una cultura, una ideología, una forma de ser y de hablar.

Tras el triunfo de Justo José de Urquiza sobre Juan Manuel de Rosas en Caseros, se impuso la necesidad de redactar la Constitución de 1853. El texto constitucional ya



estableció en su artículo 5° que “las provincias deben asegurar la educación primaria, la administración de justicia y el gobierno municipal, condiciones bajo las cuales el gobierno nacional es garante del goce y ejercicio de sus instituciones”.

La llamada “Generación del ‘80” constituyó un momento de inflexión y profundización de los proyectos de modernización de la Argentina. Se buscaba el desarrollo económico y al mismo tiempo una nueva sociedad. La educación tendría un rol preponderante en dicho proyecto. En efecto, la ley 1420 de Educación Común, Laica y Gratuita se sancionó en 1884 haciendo realidad un viejo proyecto de Sarmiento.

La idea de progreso en el campo social junto a la fe en los avances del capitalismo industrial generó una visión optimista del futuro humano. Argentina entra definitivamente en la modernidad europeizante. El positivismo representó la vanguardia ideológica de una burguesía nacional identificada con el avance sostenido de la ciencia y de la técnica, como forma de desarrollar las fuerzas productivas y de terminar con las secuelas de la "barbarie" tanto en el orden material como el cultural y educativo. No obstante el avance liberal en el campo educativo, la Iglesia logró mantener la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las constituciones provinciales.

Siglo XX: auge y decadencia de la escuela en Argentina

“Un profundo cambio pedagógico y social acompañó el pasaje del siglo XIX al XX:

la expansión de la escuela como forma educativa hegemónica en todo el globo.

En ese entonces la mayoría de las naciones del mundo legisló su educación básica y la volvió obligatoria, lo que dio como resultado una notable explosión matricular”. “De París a Timbuctú, de Filadelfia a Buenos Aires, la escuela se convirtió en un innegable símbolo de los tiempos, en una metáfora del progreso, en una de las mayores construcciones de la modernidad” ().

Argentina no estuvo ajena a ese auge de la escuela en el mundo. El fin del siglo XIX y el comienzo del XX trajo como novedad el aluvión de inmigrantes que ingresó al país. Según el censo de 1895 durante la presidencia de José Evaristo Uriburu -fue el segundo en ese siglo, el primero se había registrado en 1869- reveló que en el país había 3.995.000 habitantes, de los cuales el 25% eran extranjeros. El tercer censo que se realizó en 1914 indicó que el número de habitantes había aumentado a 7.885.00 personas, el 35% era analfabeto y la población escolar no llegaba al millón (). Los inmigrantes europeos que llegaron al país no fueron aquellos hombres y mujeres cultos con los que soñaron Alberdi y Sarmiento, sino más bien campesinos y la mayoría de ellos analfabetos, sobrantes del proceso industrial en Europa. Las élites dirigentes de la

“Belle Epoque”, nacionalistas y católicas y exigieron la adaptación de los inmigrantes al modelo tradicionalista. La hegemonía de la escuela pública por un lado y la represión policial o militar por el otro fueron funcionales a ese reclamo y cumplieron cabalmente ese papel.

El siglo XX siguió su curso con acontecimientos sociales y políticos que marcarían a fuego a Europa y también América. El desarrollo de la ciencia y la técnica y su aplicación en La primera guerra mundial demostró que, como había sentenciado el filósofo inglés Thomas Hobbes en el siglo XVII, el hombre se convertía en el lobo del hombre. La locura colectiva provocaba millones de muertos. Al mismo tiempo la revolución bolchevique traería sus propios horrores para la humanidad.

En los países llamados del “tercer mundo” al que pertenecía Argentina la influencia de estos acontecimientos provocaría crisis de todo tipo. Por empezar, el nacionalismo y el fanatismo xenófobo se extendió en nuestro país como una mancha de aceite y su influencia se hizo notar en todos los ámbitos de la vida y sin duda la escuela fue uno de ellos. El gobierno de turno durante la década infame persiguió alumnos y docentes que no adherían a las ideas nacionalistas que predominaban en la época, algo parecido a lo que sucede en la actualidad en la Ciudad de Buenos Aires donde el gobierno de Horacio Larreta ordena perseguir alumnos y padres que osan cuestionar su política educativa. El tradicionalismo y el positivismo imperante desde sus inicios en la escuela pública ya estaban cuestionados y en proceso de decadencia. “Nuevas tendencias surgían especialmente en el ámbito del espiritualismo y de grupos antipositivistas” ().

La lucha ideológica se instaló en la educación. El advenimiento del peronismo en el poder después de 1945 provocó un giro copernicano a la escuela. Si bien mantuvo los principios tradicionalistas y paternalistas, abrió la caja de Pandora al permitir que ahora también tuvieran acceso a la educación los “cabecitas negras”. Una verdadera revolución en ese contexto. Creció significativamente la matrícula, surgieron nuevas escuelas técnicas vinculadas con el mundo del trabajo y la universidad obrera, hoy universidad tecnológica nacional. El golpe de 1955 abrió una nueva etapa que también impactó en la educación. La educación privada se abrió paso y se desató el debate por la educación “laica y libre” en la sociedad. El autoritarismo pedagógico convivió con momentos de mayor libertad, entre 1973 y 1976 fue uno de ellos antes de entrar en uno de los períodos de mayor represión en nuestro país y la escuela fue un lugar donde se vivió de manera dramática en algunos casos esa etapa. “La noche de los lápices” fue la expresión artística de ese momento histórico.

La actualidad educativa del país se caracteriza por el desorden generalizado. La necesidad de “incluir” a los marginados del sistema educativo obligó a la creación de un sinnúmero de programas cuyos resultados académicos son puestos en duda por los



especialistas. Al mismo tiempo que se propone “incluir”, sin embargo no se abordan las causas de esa exclusión, que es histórica y tiene raíces liberales especialmente en materia económica.

Modernidad, Progreso, Futuro y Desesperación

De la mano de la decadencia política vino la decadencia social en nuestro país. La pobreza económica se extendió a la educación y a la cultura en general. La idea de la educación como un vehículo de ascenso social se perdió.

Ahora “Ser moderno es experimentar la vida como un torbellino”-sostiene Marshall Berman- es encontrar al mundo de uno en perpetua desintegración y renovación, penas y angustias, ambigüedad y contradicción. “Todo lo que consideramos sólido en nuestra existencia se desvanece en el aire” señaló el filósofo marxista norteamericano.

El “Kaiser Carabela” y el “Torino” eran espléndidos coches símbolos de dos épocas del país. Eran los tiempos cuando un trabajador podía identificar su juventud y su energía sexual con aquello que producía. Cuando se movía la gran línea de producción provocaba emoción formar parte de ella ; los trabajadores de Córdoba, Rosario o el Gran Buenos Aires podían sentirse la vanguardia del Movimiento Obrero organizado y éste, aún, la “columna vertebral”. Hoy aquel mundo está derrumbado. La desocupación y la depresión ocuparon el espacio. El país que aquellos trabajadores construían o creían estar construyendo se fue con el viento. Ya no son jóvenes, ni fuertes, ni orgullosos, muchos ni siquiera son empleados. Algunos cobran las migajas de un plan social y otros son abandonados con una urgencia desesperada.

¿Qué educación necesita nuestro continente?

Después de la Revolución Francesa el concepto de “Modernidad” estuvo vinculado al progreso indefinido de la sociedad. En esta época esa idea eurocéntrica está muy cuestionada.

En nuestro esquema de aprendizaje tenemos “internalizado” una manera de entender la historia y la filosofía. Por ejemplo, nos enseñan “historia o filosofía antigua” y con ello se hace referencia a la Grecia antigua y a los romanos; de igual manera no explican que hubo una “historia y una filosofía medieval” y finalmente la edad moderna o modernidad, ahora incluso ya nos hablan de post modernidad. Todos hemos estudiado en este esquema con los matices de cada caso o institución. ¿De dónde surge ese esquema de aprender la historia y la filosofía? Todo parece señalar al responsable ideológico de este “crimen”: Europa. Ellos nos enseñan cómo aprender la historia y la

filosofía, por supuesto donde ellos son el centro claramente, basta ver los mapas mundiales o los textos con los que nos enseñan en las escuelas y universidades. ¿Qué es sino cuando nos dicen que la filosofía nació en Grecia con los presocráticos en el siglo VII a.C.? O toda la escolástica que nos hacen tragar de la edad media, (¿media de qué?) a Agustín, Buenaventura, Boecio, Abelardo, Tomás, etc. Y, ¿qué decir de la modernidad con Descartes, Spinoza, Kant, Hegel y compañía? Este esquema lo venimos repitiendo hace 500 años. ¿No es hora de intentar una mirada distinta?

En la sociedad actual hay pérdida de valores fundamentales como la solidaridad, la justicia social, la libertad, la autoridad moral, etc. Es previsible que la corrupción continúe mientras este modelo económico liberal/capitalista a escala mundial, según los resultados a la vista, siga dividiendo la sociedad entre los que tienen y los que son excluidos.

Basta ver las revueltas en la Europa de la crisis capitalista de los últimos años. Grecia, y Londres, los indignados en España o los conflictos en Portugal en su momento hacían recordar a nuestro propio diciembre de 2001. El drama reciente de la inmigración Siria y distintos países de África es otro dato que nos muestra un mundo oscuro y cuyo futuro aún es indescifrable. El resurgimiento de los pueblos indígenas en nuestro continente, las luchas por una democracia que represente los intereses de la mayoría y no de las élites y los pequeños grupos de concentración económica aliada al poder de Estados Unidos y a los paraísos fiscales. El levantamiento popular en Perú, las luchas en Ecuador, en el sur de Argentina y los condicionamientos al gobierno de Lula en Brasil exigen un nuevo modelo de sociedad para Nuestra América/Abya Yala.

Líderes mundiales mencionan que está en curso una tercera guerra mundial, el conflicto en Ucrania es lo más parecido, aunque aún no se sabe si se podría convertir en una conflagración nuclear con las consecuencias inimaginables para toda la humanidad.

¿Qué sociedad puede surgir de un Apocalipsis como sería el producido por una guerra nuclear? ¿Habrá una sociedad como la conocemos actualmente o seremos grupos humanos dispersos luchando entre si por la supervivencia? Aunque no se produzca esa hecatombe nuclear las transformaciones quizás serán más lentas pero son imparables.

Un cambio de era está en marcha, no lo podemos ver con claridad porque estamos inmersos en la nueva ola que nos lleva en su interior. Hay una evolución en camino pero esta evolución ya no será individual, no será una ontogénesis sino un proceso que aún no tiene nombre, quizás pueda ser identificada y categorizada dentro de varias décadas pero es evidente que se aproxima inexorablemente. Probablemente una nueva etapa de la filogénesis de la especie, un salto inesperado del homo sapiens, ya no el hombre que piensa sobre su pensamiento sino el pensamiento mismo.



I Congreso del Pensamiento Nacional Latinoamericano
8, 9 y 10 de junio de 2023
Universidad Nacional de Lanús (UNLa)
Lanús, Provincia de Buenos Aires, Argentina

Recursividad humana y cibernética, un nuevo mundo

Según el filósofo chino Yuk Hui (), el ser humano se pregunta por su propia evolución y qué impacto tendrá en esa evolución el desarrollo tecnológico y la explosión de la Inteligencia Artificial. La aplicación de IA ya está generando polémica en el mundo. Sin embargo, para Abya Yala puede ser un camino de emancipación nuevo que quizás debamos animarnos a explorar. La IA tiene un gran potencial para personalizar el proceso de aprendizaje y adaptarse a las necesidades individuales de los estudiantes, lo que podría mejorar significativamente la calidad de la educación en el continente, siempre y cuando se utilice de manera responsable y se tenga en cuenta el contexto cultural y social de la región.

Sin duda un mundo nuevo y fascinante que se avecina aceleradamente con nuevas preguntas y para el cual la escuela moderna actual atrasa y ya no tiene todas las respuestas, por lo que se hace necesario y urgente pensar, imaginar y construir una nueva institución para estos tiempos de incertidumbre. “O inventamos o erramos” decía el educador bolivariano Simón Rodríguez. Aunque pensar la vida así sea una angustia permanente.